

## LOS CENTINELAS

Salomón Uribe era un escritor de cualidades insoslayables. Aunque desconocido para el gran público, sus obras, unos cuantos libros de narrativa, eran el mejor ejemplo de una de las más exquisitas prosas de su generación.

Hasta el año 1998 su vida gozó y padeció las mismas alegrías y sinsabores de cualquier representante de aquella profesión, pero luego del verano de aquel año nada más se supo de él. Fue como si de la noche a la mañana hubiera desaparecido de la faz de la Tierra; había renunciado a su trabajo en la redacción del diario El Federal, abandonó su hogar y su número telefónico de toda la vida, y hasta desestimó las amistades que le habían granjeado su afecto durante décadas. Todo rastro o pista que pudiera seguir su paradero fue vana, y tan sólo muchos años después de su misteriosa desaparición, y por obra de la casualidad, logré dar con él.

Me acuerdo que ocurrió durante un viaje de descanso a la provincia de Tucumán. Estaba tomando un café en una confitería de la capital cuando lo vi pasar. No estuve seguro en ese momento, pero la ansiedad pudo más, así que dejé la mesa y lo seguí unos metros hasta alcanzarlo. Fue ahí que pronuncié su nombre y él se detuvo. Me causó asombro que no se hubiera dado vuelta, sino que sólo se detuviera. Entonces fui yo el que se puso frente a él y nuevamente repetí su nombre. Él no contestó de inmediato, pero cuando lo hizo, dejó escapar el mío con una voz apenas perceptible.

Entonces Salomón Uribe, entregado a su destino y ya sin fuerzas para enfrentarlo, decidió invitarme a su casa y comentarme la verdad sobre los sucesos que lo habían llevado a tomar la decisión sobre el anonimato:

- *Si yo le contara lo que me sucedió, usted no me creería* -me dijo esa mañana.

- ¿Por qué no? Usted siempre ha sido sincero conmigo y, hasta donde sé, con todos los demás -respondí.

- *Lo que ocurre es que parecerá un relato de ficción, y usted me considerará un loco, por decir lo menos* -explicó, para luego proseguir: - *Muchas veces me he*

*preguntado en todo este tiempo qué haría en caso de darse una situación como ésta. Guardar silencio y arriesgarme a ser considerado excéntrico tal vez sería la mejor respuesta. Sin embargo, allí estaría la verdad acechándome con su poderosa carga ética.*

- Lo considero mi amigo y no he venido a juzgarlo – alegué sin demasiadas esperanzas.

- *Sí, supongo que tengo una deuda con usted. El hecho de haber dado al fin conmigo después de tantos años merece al menos esa delicadeza. Además, usted nunca me ha defraudado, y relatarle mi historia tal vez pueda compensarlo del aparente despropósito de mi desaparición.*

Estaba cambiado desde el último encuentro que habíamos tenido; se lo notaba demasiado avejentado para su edad, había adelgazado mucho, estaba más pálido que de costumbre, y su apariencia general era frágil en exceso. La casa, sin embargo, no reflejaba un aspecto decadente, sino que era bastante amplia y acogedora. El sol de la mañana traspasaba las cortinas como pidiendo permiso para hacerlo, y esa leve luminosidad le daba al ambiente un cálido detalle de intimidad. Estábamos ambos sentados frente a frente en cómodos sillones, tan sólo con una pequeña mesa de por medio. Antes de comenzar con su relato, Salomón Uribe se reclinó en su sillón con pesadez, en lo que adiviné como un último acto de resignación.

- *Lo que sí voy a pedirle es que lo que voy a relatarle quede entre nosotros, al menos hasta que yo muera.*

Asentí con un leve movimiento de cabeza, para luego decir:

- Puede creerme que no repetiré lo que diga.

- *Voy a pedirle también que a nadie revele mi paradero. Ya soy una persona mayor, y los últimos años quiero pasarlos en esta nueva vida que construí a mi alrededor sin temor ni sobresalto alguno.*

- Tiene mi palabra -dije con sinceridad.

Recién entonces dio inicio a la historia más asombrosa que he escuchado a lo largo de mi vida.

- *Todo ocurrió un veintinueve de marzo -dijo él -; yo llegaba a mi hogar después de una larga jornada de trabajo deseando únicamente meterme bajo la ducha como paso previo antes de llegar a la cama. Pero las cosas no habrían de suceder así, porque al abrir la puerta noté que la luz de la sala de la biblioteca estaba encendida, y aquello me llamó la atención porque no recordaba haberla dejado así. Yo vivía solo, así que aquella era la única posibilidad, pero yo no tenía esos deslices, y, además, un mal presentimiento me inquietó. Entonces cerré la puerta de entrada, me acerqué sigilosamente a aquél cuarto, y cuando llegué a él mis sospechas se convirtieron en realidad: allí, en una de las sillas había un hombre aguardándome.*

Hizo una pausa. Las palabras habían salido de su boca directas, sin obstáculos, en un solo golpe de respiración. Pero ahora se habían detenido, y creí que mi anfitrión estaba evaluando seriamente continuar con el relato. Finalmente prosiguió:

- *Recuerdo que no me dio tiempo a preguntar quién era ni cómo había entrado porque apenas lo vi me dijo que tomara asiento. Imagínese la escena, él invitándome a mí a sentarme, en mi propia casa. Yo permanecí de pie y entonces sí le hice algunas preguntas de rigor, pero él no las contestó y tan sólo dijo:*

- *“Mi cara no le resulta familiar, pero no puede decir que no me conoce. Mi nombre es Marcial Vega”.*

- *Apenas terminó de decir aquello un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Porque Marcial Vega es el nombre de uno de mis personajes, el protagonista del cuento “Sangre”, un texto de mi primer libro. No tuve miedo, pero pensé, en aquél instante de asombro, que el hombre que tenía frente a mí venía a reclamarme que hubiera usado su nombre para un personaje tan sórdido y cruel como el del relato. Sin embargo, sus palabras me devolvieron a la realidad:*

- *“Por su expresión veo que mi nombre le dice algo” –dijo, secamente.*

- *Yo hice un gesto afirmativo, y él sonrió para luego decir:*

- *“Soy yo. El mismo en el que está pensando”.*

- *Su voz –continuó mi amigo- tenía una autoridad difícil de describir, y manejaba la conversación con soltura y suficiencia. Yo me sentía imposibilitado de ejercer furia o arrogancia, y mi cuerpo tan sólo se expresaba con una creciente debilidad.*

- *No puede ser -alegué de inmediato. Él, por toda respuesta, dijo:*

- *“Claro que sí. Además, tengo otra sorpresa para usted”.*

- *Entonces comencé a escuchar pasos en el pasillo y miré hacia atrás, en donde estaba la puerta. Varias personas se acercaron e ingresaron a la biblioteca; seis, para ser preciso. Había hombres y mujeres; ningún rostro me resultaba conocido.*

- *“Se los presento” -dijo Marcial Vega, y pronunció sus nombres por orden de aparición.*

- *Como puede imaginarse, -me dijo Salomón Uribe- también ellos tenían nombres de personajes de mis cuentos, y todos respondían a las características que yo les había creado alguna vez. Recién entonces tomé asiento y dejé caer mi cuerpo contra una silla. Luego mantuve un largo silencio. Muchos pensamientos cruzaron mi mente en aquellos minutos; pensé que alguien me estaría jugando una mala pasada y había contratado a siete actores para que representaran un papel de comedia; creí también que podía ser otro tipo de farsa o aún tratarse de un error. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero agradecí ese intervalo de cavilaciones. Luego mi interlocutor volvió a tomar la palabra y, como adivinando mis pensamientos, dijo:*

- *“De todas las hipótesis que se le acaban de ocurrir, somos la peor de ellas”.*

- *Yo lo miré, tragué saliva y repetí la misma frase que había dicho minutos antes: No puede ser.*

- *Marcial Vega hizo entonces un gesto y abrió ambos brazos antes de decir: “Y sin embargo acá nos tiene. No podemos decirle cómo sucedió porque no lo sabemos. Un día no estábamos y al otro sí. Así de simple. No tenemos más pasado que el que usted nos ha creado”.*

- *Cada palabra suya quedó grabada en mi memoria desde el primer momento, y por algún extraño motivo también mis respuestas, por lo que puedo contarle la sucesión de frases con exactitud impecable.*

- *¿Y por qué razón están acá? -dije entonces.*

- *“Ah, muy buena pregunta -hizo una pausa y luego continuó-. Ante todo, porque como nuestro padre, por decirlo de alguna manera, tenía que saberlo. Pero también porque venimos a pedir explicaciones”.*

- *¿Explicaciones? -pregunté.*

- *“Sí, explicaciones de por qué nos hizo como nos hizo. Con toda la libertad y la imaginación del mundo a su disposición, ¿por qué debió crearnos justamente de este*

*modo? Sabemos que usted no es un narrador de historias infantiles, pero creemos de todas maneras que se ha sobrepasado”.*

Salomón Uribe me dijo que aquello era verdad, como cualquier lector o estudioso de su obra lo sabía. Su universo literario estaba poblado casi exclusivamente por seres marginales, perdedores de toda laya, rufianes, apostadores, prostitutas y toda suerte de ángeles caídos.

*- Un escritor no escribe de lo que quiere sino de lo que puede -le dije entonces a Marcial Vega-. Yo tengo tendencia a expresarme sobre aquél submundo de antihéroes, a reflejar sus pasiones, sus vivencias, sus derrotas. Los personajes -hice una pausa y los miré-, quiero decir, ustedes, son el producto de un estado mental.*

*- Por primera vez uno de los otros tomó la palabra:*

*- “Supongamos que aceptamos esa respuesta; ¿qué va a hacer en adelante con respecto a nosotros?”*

*- Yo escuché esa frase -continuó mi amigo- y se me heló la sangre, porque tanto el tono como el acento que había empleado en pronunciarla eran idénticos a los que había previsto en el cuento correspondiente y que sin embargo nunca plasmé en el papel. Aquello me llenó de pavor y por esa causa tardé en contestar:*

*- ¡Qué puedo hacer por ustedes! -rogué. Y la respuesta pareció ser la adecuada porque una perceptible satisfacción inundó el cuarto. Marcial Vega volvió a hablar.*

*- “Usted debe hacerse responsable por nosotros; somos una parte suya después de todo. Imagínesse que uno de nosotros sale en este mismo momento y mata a alguien. Más allá que la policía pueda caer o no sobre él, su conciencia, ¿qué le diría? Y le digo más, aunque juráramos no hacerlo, sabiendo de qué características nos ha dotado, ¿estaría usted tranquilo? Piense que acá tan sólo somos siete los que vinimos a visitarlo, pero el resto de nosotros se encuentra afuera, en algún lado. ¿Sabe cuántos somos? ¿Alguna vez contó la cantidad de personajes que creó? Yo se lo digo: treinta y ocho”.*

*- La situación me había desbordado –me dijo Salomón Uribe- y ya no sabía qué hacer, por lo que intenté calmarme y responder gentilmente a sus demandas. Les repito -dije-, que no fue mi intención hacerle daño a nadie, tan sólo escribí sobre los temas que más cómodo me hacían sentir. Además, ¿cómo se me iba a ocurrir enfrentarme ante esta situación? Y, por si ello fuera poco, los libros ya están editados y*

*por lo tanto son de dominio público. Yo no puedo cambiarles sus cualidades o transformarlos de manera alguna.*

*- “Es verdad, no pretendemos que lo haga. Pero en cambio le exigimos algo que deberá cumplir irremediablemente” -continuó Marcial Vega.*

*- Lo que sea -afirmé yo.*

*- “Le prohibimos que a partir de este momento usted vuelva a escribir. De esa manera evitaremos desgracias futuras, que nos mate, por ejemplo”.*

*- Entonces una de las mujeres allí presentes dijo:*

*- “Tan sólo podrá escribir como parte de su profesión de periodista. No estorbaremos su intimidad, por supuesto, pero nos aseguraremos de que cumpla con lo que le pedimos”.*

*- Ustedes me piden que deje de hacer lo que más deseo en la vida, mi vocación, mi sueño. ¡No es justo! -dije, sin medir mis palabras. Marcial Vega se levantó entonces de su silla, furioso, y desenfundando un revólver colocó su cañón sobre mi frente, y no pudiendo evitar alzar la voz dijo:*

*- “¿Y es justo que nosotros padezcamos lo que estamos padeciendo, hijo de puta?”.*

*- Yo pensé que iba a matarme, tan violenta y decidida parecía su acción. Pero como si nuevamente hubiera leído mis pensamientos, retrocedió unos pasos y dijo que no podía hacerlo.*

*- “He aquí una debilidad que seguramente no previó, ¿no es cierto? No podemos matarlo a usted de la misma manera en que no podemos hacernos daño a nosotros mismos”.*

*- Yo lo miré, asombrado. Él continuó:*

*- “Pero sí a los demás, ya lo hemos comprobado. Y no pregunte cómo. Sepa nomás que en busca de nuestras fortalezas y debilidades hemos tenido multitud de experiencias”.*

*- El hombre que había hablado en una ocasión volvió a hacer uso de la palabra:*

*- “Una de ellas es que siempre cumplimos con lo que prometemos”.*

*- Entonces Marcial Vega guardó el revólver y se arregló la ropa como para irse. Los demás murmuraron algo que no llegué a comprender.*

*- “Como le dijimos -agregó-, usted es un hombre libre, pero deberá cumplir con lo que le exigimos. Si se pregunta qué sucederá si no cumple, sólo le puedo decir que ya*

lo averiguará. No se olvide nunca que somos treinta y ocho pares de brazos dispuestos a hacer lo que corresponde”.

- Y era verdad -me dijo mi amigo-. Ellos se retiraron, y luego de un buen rato tratando de acomodar mis pensamientos abrí una ventana y me asomé a la calle. Ya eran cerca de las dos de la mañana, pero en una de las esquinas había un hombre en clara actitud de vigilancia. De más está decir que aquella noche no dormí y que mi mente se pobló de fantasmas. ¿Tenía yo alguna prueba de que no se trataba de una farsa? Sí, por lo que le comenté del acento de uno de ellos, que además se había repetido en la voz de la mujer, y porque un extraño y profundo peso sobre mi corazón me decía que lo que había sucedido era real.

El dueño de casa bajó la mirada y continuó hablando:

- Por supuesto que todo cambió a partir de entonces. Pronto arreglé mis asuntos para iniciar una nueva vida, y así lo hice. Me desentendí de todo lo que me unía a mi vida anterior, a mi trabajo, a mis amistades, a mi familia... Sin embargo, la gran pérdida para mí ha sido la literatura. Porque he cumplido con mi palabra hacia ellos, y ahora sólo la disfruto a través de los libros ajenos. Jamás he vuelto a escribir una sola línea, y ellos lo saben, porque no han vuelto a visitarme. Pero sé que están ahí afuera, que me vigilan y controlan.

Hizo una pequeña pausa para luego proseguir:

- Pocos días después de lo que sucedió vi a uno de mis centinelas en la calle, y como yo andaba junto a un conocido le pregunté si alcanzaba a ver a aquél hombre. Él me dijo que sí, incluso, sin que yo se lo preguntara, me dijo que parecía estar aguardando a alguien. Hice aquello en más de una oportunidad, siempre con personas distintas, y el resultado ha sido siempre el mismo, por lo tanto, está claro que no son una fantasía de mi mente. ¿Quiere probarlo usted mismo? Venga, salgamos a la calle.

Entonces nos dirigimos hacia la puerta de entrada y cruzamos el umbral, miramos hacia ambos costados, pero no vimos a nadie. Un instante después, sin embargo, observamos que un hombre nos escudriñaba desde detrás de una ventana de una casa cercana. Mi amigo dijo entonces:

- *Yo no sé cómo hacen, un día están acá, otro, más allá, al siguiente en aquél otro lado... Muchas veces he pensado en ello, si comen, si duermen, si sus vidas se asemejan a las que yo preví alguna vez... Sin embargo, ¿sabe que a veces me siento protegido y no controlado? ¿Sabe que a veces salgo de mi casa únicamente para verlos, para saber que están ahí? Usted no ha pronunciado palabra alguna en toda la mañana y no me extraña, al contrario, es indicador de que me cree y que la historia lo conmueve. Adivino que todo esto no será gratuito para usted, que ahora no puede volver a su casa ni a su trabajo, así como así, sin que esto lo afecte de manera extraordinaria. Usted sabe que no estoy loco y que cuanto le dije es cierto, y tendrá que vivir con eso.*

Yo dije, al fin:

- *No sé qué decirle, todo esto va más allá de cuanto hubiera podido imaginar; se me ocurrió que su desaparición respondía a un problema de salud o a una de esas crisis por las que todos atravesamos alguna vez, pero lo que me dijo hoy va más allá de todas mis previsiones.*

Salomón Uribe respondió:

- *Como están dadas las cosas es probable que usted también sea sujeto de sus controles, al menos por un tiempo. Piense en eso y no se asombre si ve personas extrañas merodeando los lugares que frecuenta.*

Yo entonces repliqué:

- *¿Y cuándo terminará todo esto, si es que termina alguna vez?*

- *Cuando yo muera, supongo. Me los llevaré de este mundo y los encerraré en las páginas de mis libros para toda la eternidad. Como sea, ya no falta mucho para averiguarlo.*

Decidimos entonces continuar la conversación mientras salíamos a dar un paseo, y en cierto momento le pregunté:



- ¿Usted piensa que sería bueno dar a conocer esta historia más adelante?
- *Lo dejo a su criterio* -dijo él.